



Luis Hornillo Pulido

Edita:
Autor:
Ilustración:
Diseño y maquetación:
Imprime:
I.S.B.N.:
Depósito Legal:

Junta de Andalucía. Consejería de Medio Ambiente
Luis Hornillo Pulido.
Francisco Javier Ariza González.
FORMA animada.
A.G. Servigraf, S.L.
84-95785-32-3
SE-733-2003



MOTIVO SOLIDARIO

La Dirección General de Educación Ambiental reedita este cuento en solidaridad con el pueblo gallego y, muy en especial con sus niños y niñas. Y es que, a consecuencia de la reciente catástrofe del petrolero "Prestige", sus familias están pasando dificultades; ya que la economía de muchas de ellas depende de los productos que se generan en el mar.

Tenemos que decirte que lo ocurrido en Galicia podría haberse producido en cualquier lugar de las costas andaluzas: el Estrecho de Gibraltar es una de las zonas de mayor riesgo para que este tipo de situaciones puedan producirse. Todas las personas debemos velar por una mejor calidad ambiental de los mares, para que ni vuestro futuro ni el de los ecosistemas marinos estén hipotecados.

Y es por ello, que al leer este cuento esperamos que te llegue el mensaje ecologista que contiene, y te hagas defensor o defensora de las energías renovables y de un consumo responsable de los recursos.

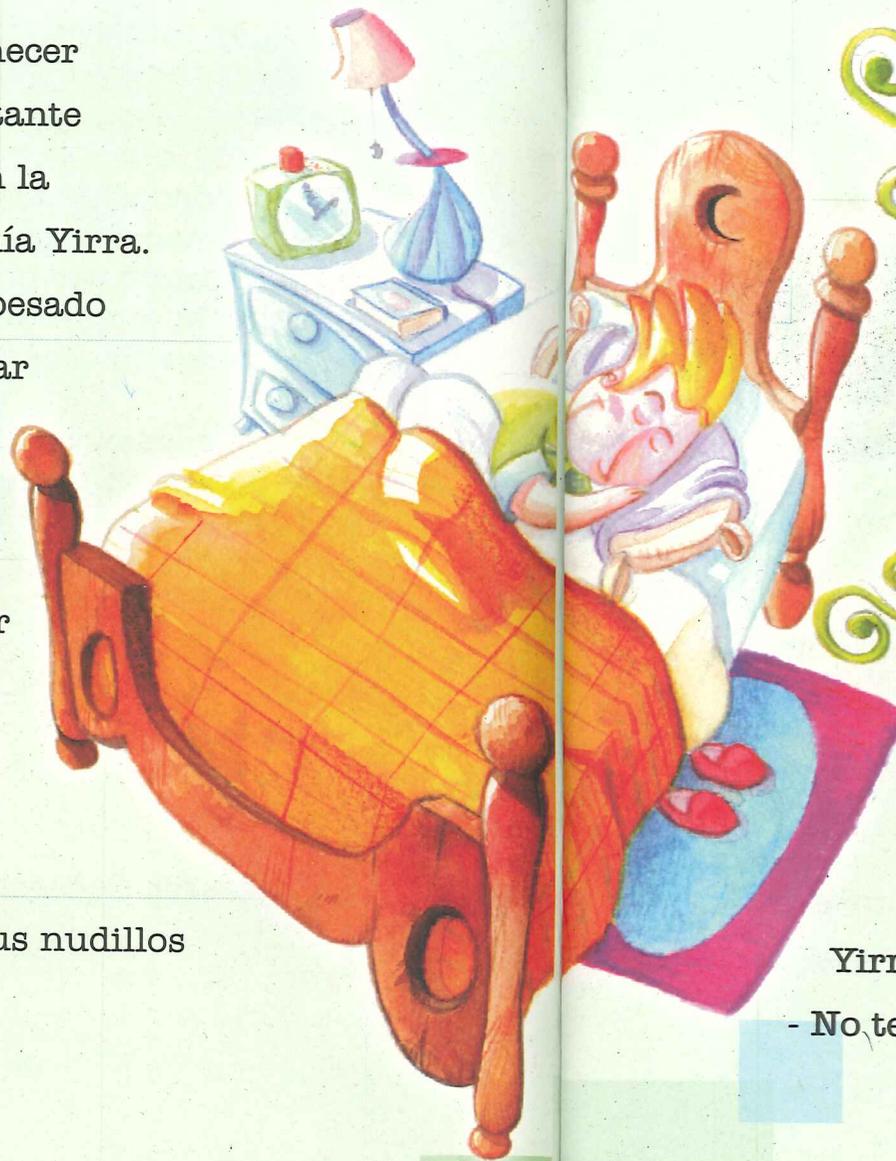
Las alternativas de otras fuentes de energías al petróleo, son cada vez más urgentes. El uso que se está haciendo de este combustible que se extrae de las profundidades de la Tierra, está provocando en la humanidad muchos conflictos: por la contaminación que produce, lo peligroso de su transporte y por las guerras que provocan aquellos que quieren apoderarse de él.

Que los elementos mágicos que contiene esta narración te hagan disfrutar y, al igual que su principal protagonista, te conviertas en una persona defensora del medio ambiente; y con los niños y niñas gallegas, digas siempre:

NUNCA MÁIS.

Angel Ramírez Troyano.
Director General de Educación Ambiental

En aquel amanecer esplendoroso, un constante repiqueteo resonaba en la habitación donde dormía Yirra. El niño lo oía, pero el pesado sueño le impedía prestar atención a aquella serenata ; sólo la continua insistencia consiguió hacerle mirar hacia la ventana. Asombrado por lo que vieron sus ojos, se espabiló de repente, restregándose los con sus nudillos una y otra vez.



Era un gran pájaro azul ribeteado de oro, con un enorme pico negro.

- ¡ Levántate ! -exclamó-
¡Tenemos que hacer un gran viaje! ¡Tienes que ayudarme! ¡Sí ; soy yo el que te habla! ¡Ayúdame por favor!

-¿Quién? ¿ yo? ¿Pero cómo podría ayudarte?

Además... no puedo irme sin que mis padres lo sepan -replicó

Yirra atolondrado sin levantarse.

- No te preocupes, tus padres no se darán

cuenta de que te has ido. Anda sube, por el camino te contaré lo que está pasando en la isla donde



yo vivo.

Y así, con su pijama kimono, se subió al lomo poderoso del pájaro, que comenzó a contarle :

- Mi isla se llama Sonrisa...
- ¡Oh, qué bien! Entonces todos los que allí vivís seréis muy alegres, ¿ no? -dijo Yirra interrumpiendo al pájaro.
- Bueno... lo éramos. Disfrutábamos de las

riquezas que su naturaleza nos ofrecía y vivíamos felices... Hasta el día en que la mancha apareció.

-¿ Una mancha? -exclamó el niño.

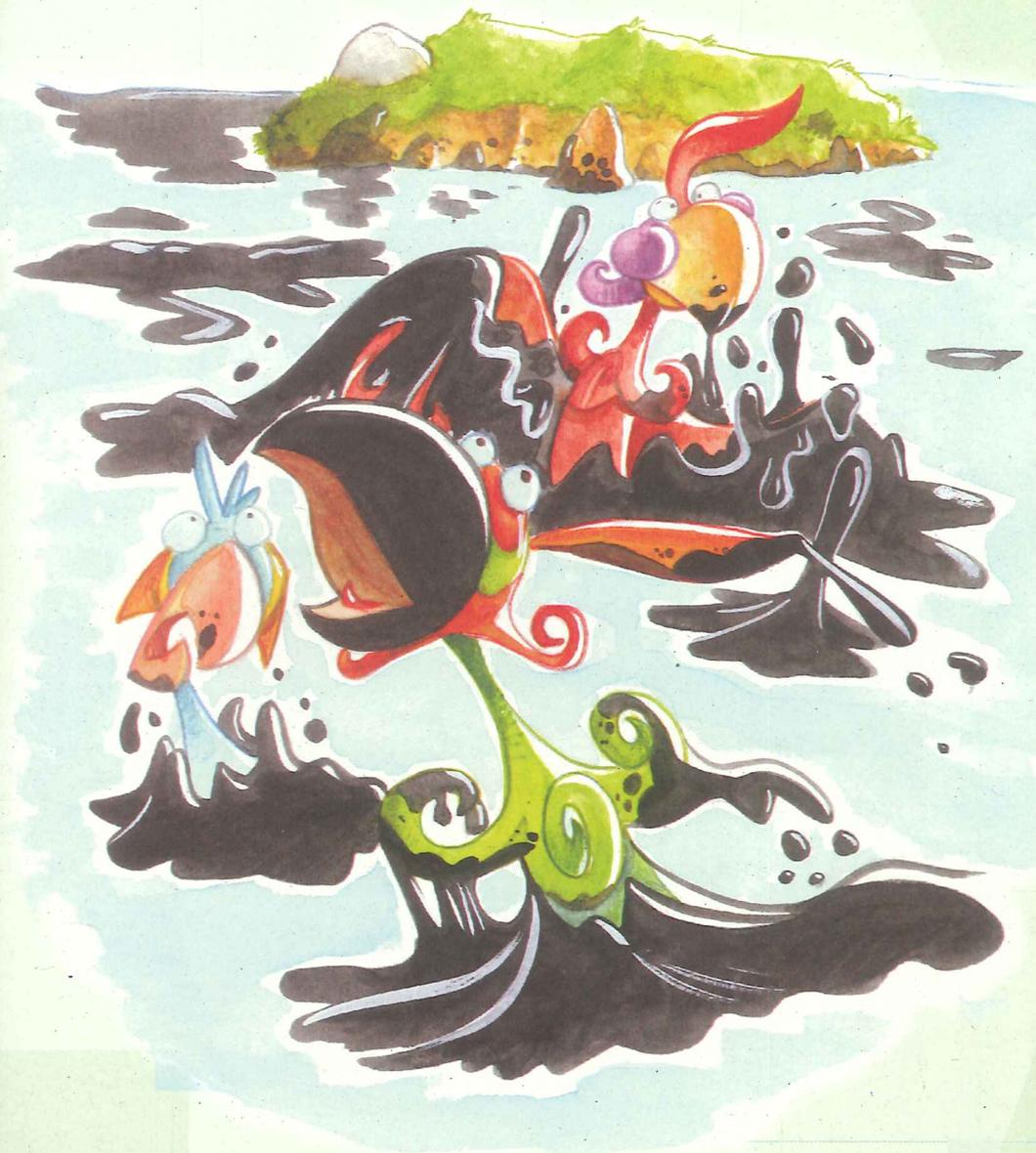
- Sí; una mancha negra y pestilente que cubrió una gran extensión de playa a la que, pasado un tiempo, le empezaron a crecer aquí y allá unos bloques gigantes, y a éstos, una especie de brazos y piernas con los que consiguieron despegarse de la arena y caminar. Y fue entonces cuando comenzó la tragedia para nosotros-continuó narrando el pájaro, al cual se le pusieron los ojos más vidriosos-. Algunos de mis hermanos fueron atrapados y engullidos por aquellos bloques monstruosos y oscuros.

- ¡Qué horror!- dijo Yirra.

- Sí, eso es lo que sentimos cuando ocurrieron estas desgracias, y avisamos a los hombres de que corríamos todos un gran peligro, pues cada vez aparecían más bloques a los que les salían aquellos tentáculos ; pero no quisieron entenderlo, o no le daban importancia al problema : unos decían que lo que les había pasado a mis hermanos era una casualidad, un descuido ; mientras que otros hablaban de que la marea con el tiempo eliminaría la mancha y el calor mataría a "esos bichos negros que se habían creado".

-¿Y qué fue lo que pasó? -interrogó inquieto Yirra.

- Pues que para desgracia de todos se



equivocaron, y no ocurrió ni una cosa ni la otra. Los monstruos negros y malolientes, que ya formaban un gran ejército, fueron avanzando chorreantes hacia la ciudad, manchándolo todo a su paso. No te puedes imaginar amigo, lo aterrizados y estupefactos que se quedaron todos cuando, desde un monte, contemplaron su invasión y el rastro de destrucción que dejaban.

- ¿Y qué hicisteis?

-Te contaré. Aunque muy temerosos y desconcertados, el Consejo representativo de los habitantes de Isla Sonrisa se reunió para dar solución a la hecatombe producida. Pero, en vista del extraño acontecimiento, sólo tomaron una

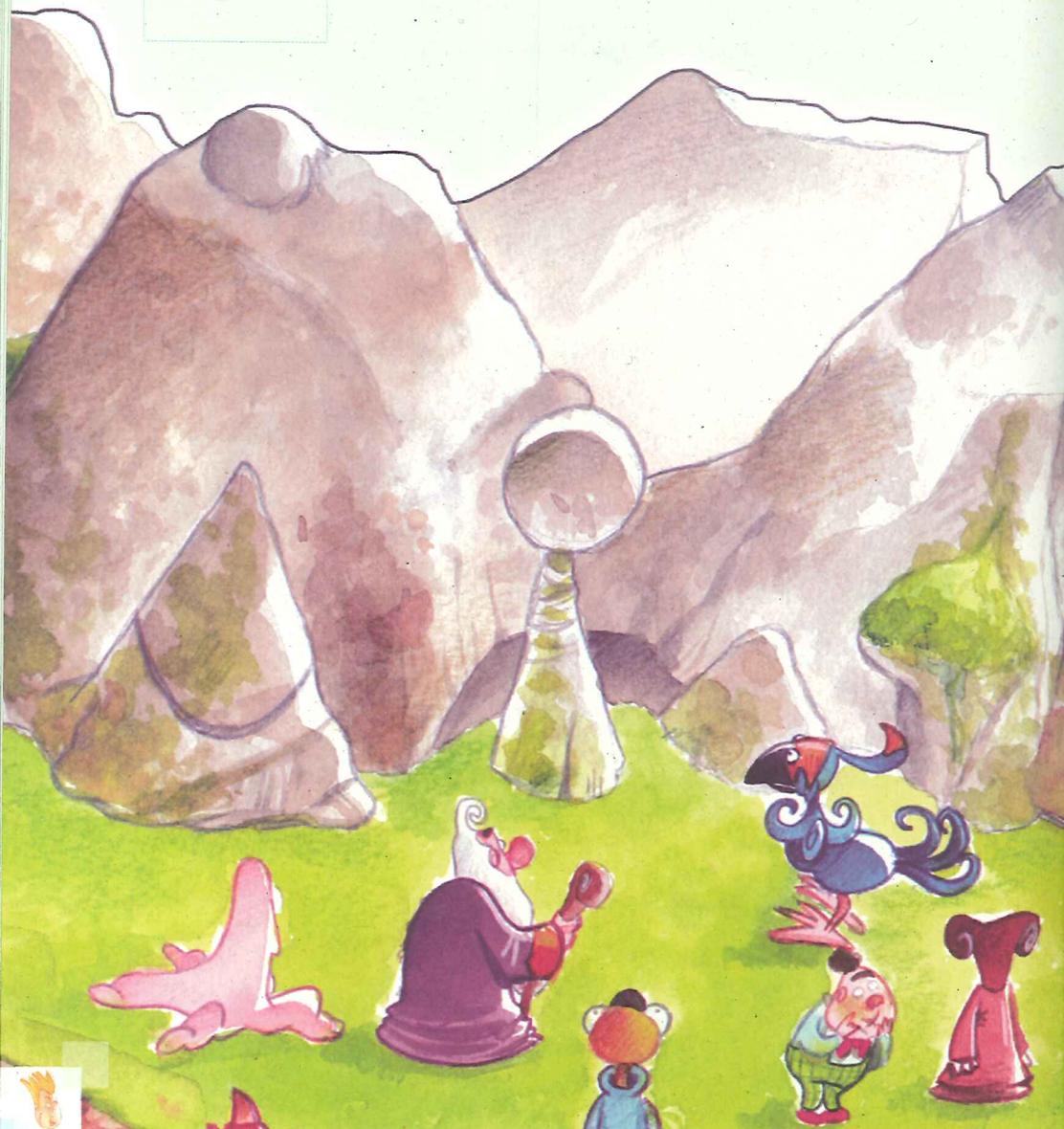
decisión : ir a visitar a Horacio, el viejo sabio pastor de gansos que vivía lejos de la ciudad en una antigua ermita, y contarle lo sucedido.

Cuando Horacio los vio llegar les dijo :

-Sé por qué habéis venido. Me tenéis que acompañar a un lugar junto al río-. Y nos condujo hasta encontrarnos delante de una gran roca piramidal en la que se mostraba un contorno que a los pájaros nos resultaba familiar, pues dibujaba la forma de Isla Sonrisa.

Por indicación de Horacio, los hombres empujaron una piedra cónica coronada por una esfera, que se encontraba al lado de la gran roca. Ésta se abrió por el contorno.

- ¿Qué había, qué encontraron? -preguntaba



impaciente el improvisado piloto de vuelo.

- Pues apareció un arca, que el viejo nos dijo que sólo se abriría si verdaderamente la isla se encontraba en

peligro, y que contenía un libro que, si se sabía interpretar bien su mensaje, ayudaría a salvar a Isla Sonrisa.

- ¿Y se abrió?- preguntó expectante el niño.

- Así fue. Unos a otros se miraban sin atreverse a manipular la llave. Entonces el viejo pastor, que observaba la indecisión, la hizo girar. Cada fase de giro fue trabajosa, y retumbaba en la cueva como si toda ella crujiera y se fuese a desmoronar, provocándonos a todos un miedo atroz. Completado el giro, el arca

empezó a abrirse lentamente y el murmullo de los presentes fue creciendo hasta convertirse en un gran alboroto, que sólo cesó cuando el anciano se puso a consultar el libro. Pasados unos momentos en los que a todos les costaba



soportar la tensión e incertidumbre, el sabio pastor dijo :

- Aquí está - Y leyó : "De tierra lejana llegará una criatura de corazón generoso, que con ingenio, intuición y valentía, vencerá a los gigantes mugrientos que hacen estéril y melancólica a la Sonrisa. Vive allí. En un lugar donde el Sol y la Luna se cuentan al atardecer las historias de la Humanidad ;allí, donde sólo los pájaros azules pueden encontrarlo".

- Entonces mis hermanos -concluyó Fabú, que así se llamaba el pájaro -me encomendaron la misión de ir a buscarte, porque tú eres el elegido.

- ¡Mira! ¡Allí se encuentra Isla Sonrisa! - indicó Fabú - ¡Y de verdad que desde lo

alto, aquella isla parecía sonreír! Su parte norte, formada por una cadena montañosa, se cubría de frondosos bosques de árboles encarnados, que asemejaba el labio superior de una boca. En el centro de la misma, un valle, y en él la "dentadura" que formaban las calles y casas de la ciudad. Más abajo, como dibujando el otro labio, una gran playa de cremosa arena. ¡ Realmente era una preciosa sonrisa surgida del mar!



- ¡ Es verdad, la isla tiene forma de sonrisa! -exclamó Yirra gratamente sorprendido.
- Así es, querido niño. De ahí el nombre con el que mis antepasados la bautizaron en tiempos remotos, y que más tarde transmitieron a los primeros hombres que llegaron a ella -. Pero Yirra se percató de algo negro, situado como en la comisura de aquellos "labios". Enseguida comprendió

que había sido por allí por donde la mancha apareció.

- ¡Mira, nos esperan! -gritó Fabú.

Y era cierto; a medida que se iban acercando veían con mayor nitidez las gentes que los esperaban.

- ¡Fabú llega! -se oía gritar mientras nuestros amigos descendían- ¡Fabú llega! ¡Lo trae! -gritaban alborozados.

Una gran bandada de pájaros de diferentes especies revoloteaba entonando sus trinos. También ellos recibían con inusitada alegría a los dos viajeros.

- ¡Aquí está nuestro salvador! -presentó orgulloso el magnífico pájaro ; la multitud se agolpaba intentando saludar y tocar a Yirra-.

Él nos libraré de los monstruosos manchalotodo. Él es Yirra.

- Bueno... aún no sé como podré hacerlo -dijo, abrumado por toda la expectación que había en torno a él.

- No te preocupes; si Fabú te ha elegido, seguro que lo conseguirás -le dijo el viejo pastor de gansos -. Además... todo el pueblo te ayudará ¿Verdad que sí ! - exclamó.

-... ¡ Sí, sí ; lo ayudaremos! -gritaron todos.

- ¿Y dónde están y qué hacen ahora esos monstruos? -preguntó Yirra.

- Están por toda la ciudad, arrasándolo todo con su mugre y acabando con nuestros recursos. Tenemos mucho miedo, porque probablemente cuando terminen

con los alimentos, seguro que vendrán a por nosotros y nos pasará lo que a los pobres pájaros en la playa -explicaba un representante del Consejo -. Estamos refugiados en las montañas, de las que sólo nos hemos atrevido a bajar ahora, cuando otro pájaro azul nos ha avisado de vuestra llegada.

Después de los consiguientes saludos y explicaciones, Yirra pidió que lo dejaran mirar el libro, pues quería estudiar su texto.

Acompañado por Horacio, fue hasta la casermita.

- Aquí lo tienes -dijo Horacio entregándole el libro.

Tener aquel libro en sus manos le producía una gran emoción ; una sensación como si le quemara.

Era voluminoso y con las tapas rojas como un pimiento morrón, y adornado con una acaracolada cenefa en oro viejo. "El Asija de Isla Sonrisa", se titulaba. Yirra miraba hoja por hoja, y cada hoja le fascinaba, pues contenían dibujos de figuras extrañas y

signos que no conocía y tampoco comprendía.

- Hijo, será mejor que lo consultes desde donde está señalado por la cinta; no

tenemos mucho tiempo -le dijo Horacio.

Yirra obedeció al momento : "Cuando la



sonrisa sea manchada, y surjan los horribles monstruos que con su mugre quieran hacerla desaparecer de la faz de la Tierra, llegará un corazón alado, puro y generoso, que con ingenio y valentía borrará la mácula amarga que quita a la Sonrisa su esplendor y alegría. Él devolverá a su madre, la Oscuridad Profunda, los hijos arrancados de sus entrañas".

-Fabú, tenemos que volar sobre la isla -
propuso al pájaro.

Al instante emprendieron el vuelo. Ya en el aire, Fabú preguntó :

- ¿Hacia dónde nos dirigimos?

- Hay que encontrar una profunda gruta

¿Sabes tú en que lugar podemos encontrarla?

El pájaro hizo un giro y se dirigió hacia una zona muy escarpada de la cordillera y con escasa vegetación. Allí encontraron una gran cavidad.

- Ya llegamos -dijo el pájaro, y comenzó a descender.

Una vez en tierra, el niño se acercó al borde mismo del tenebroso agujero, y lo miró sin lograr ver nada. Por la sensación de oscuridad que percibía, parecía muy profundo y sin final. Cogió una piedra y la lanzó dentro... Sólo escuchó un zumbido que se elejaba.

- Yirra, ¿es éste el sitio que buscabas? -
preguntó el ribeteado pájaro.

- Sí ; creo que sí -respondió nuestro futuro héroe en medio de un mar de dudas.

Isla Sonrisa en peligro



-A ese agujero le llamamos "La Gruta Eterna que Ruge". Nadie sabe qué hay en sus profundidades - explicó Fabú.

- Emprendamos el regreso. Llévame a la casa de Horacio. Creo que de nuevo tengo que consultar el libro.

Llegaron a casa de Horacio y rápidamente se puso a estudiar el libro con afán. Le seguía pareciendo fascinante, pero

al cabo de tres horas, cansado ya de tanto mirarlo, no lograba interpretar lo que veía, ni encontraba los elementos que le sirvieran de ayuda para la salvación de Isla Sonrisa.

Había un dibujo a toda página, que miraba una y otra vez, reconociendo en él algo especial. Con los codos apoyados en la mesa se llevó un rato largo observándolo. Por un momento creyó que el abstracto dibujo se movía ¡Y era cierto! Se frotó los ojos con las manos por si era cosa del cansancio. Pero nada, el anagrama seguía moviéndose. Se lavó la cara y volvió a mirarlo.



Ya no era tan abstracto. Se estaba transformando en un artilugio: una máquina en forma de trapecio con grandes brazos articulados y una torre parecida a una chimenea. Se levantó y salió con rapidez. En el patio estaba Horacio dándole de comer a los gansos, y al verlo le preguntó sonriendo:

- ¿ Lo has encontrado?.

Aunque seguía dudando, respondió que sí.

Estudiando aquellas formas, ya no tan abstractas, trabajó durante dos días haciendo unos bocetos. Pero cuando los acabó, se le presentó un nuevo problema : ¿Con



qué tipo de combustible haría funcionar el artilugio que, según creía él, vencería a los manchalotodo ? A esta circunstancia se le añadía la impaciencia de la gente que poco a poco iba perdiendo la confianza en Yirra, y ya se escuchaba decir que el pájaro Fabú se había equivocado en su elección.

Horacio entró en la casa y lo vio mirando los bocetos con cara de preocupación.

- ¿ Qué te ocurre? -preguntó.

- Todo el trabajo que he realizado no sirve



de nada. La máquina que he diseñado para acabar con esos sucios monstruos necesita un combustible que la haga funcionar.

- Me parece que yo tengo lo que necesitas - dijo Horacio poniéndole una mano en el hombro -. Ven, te lo enseñaré.

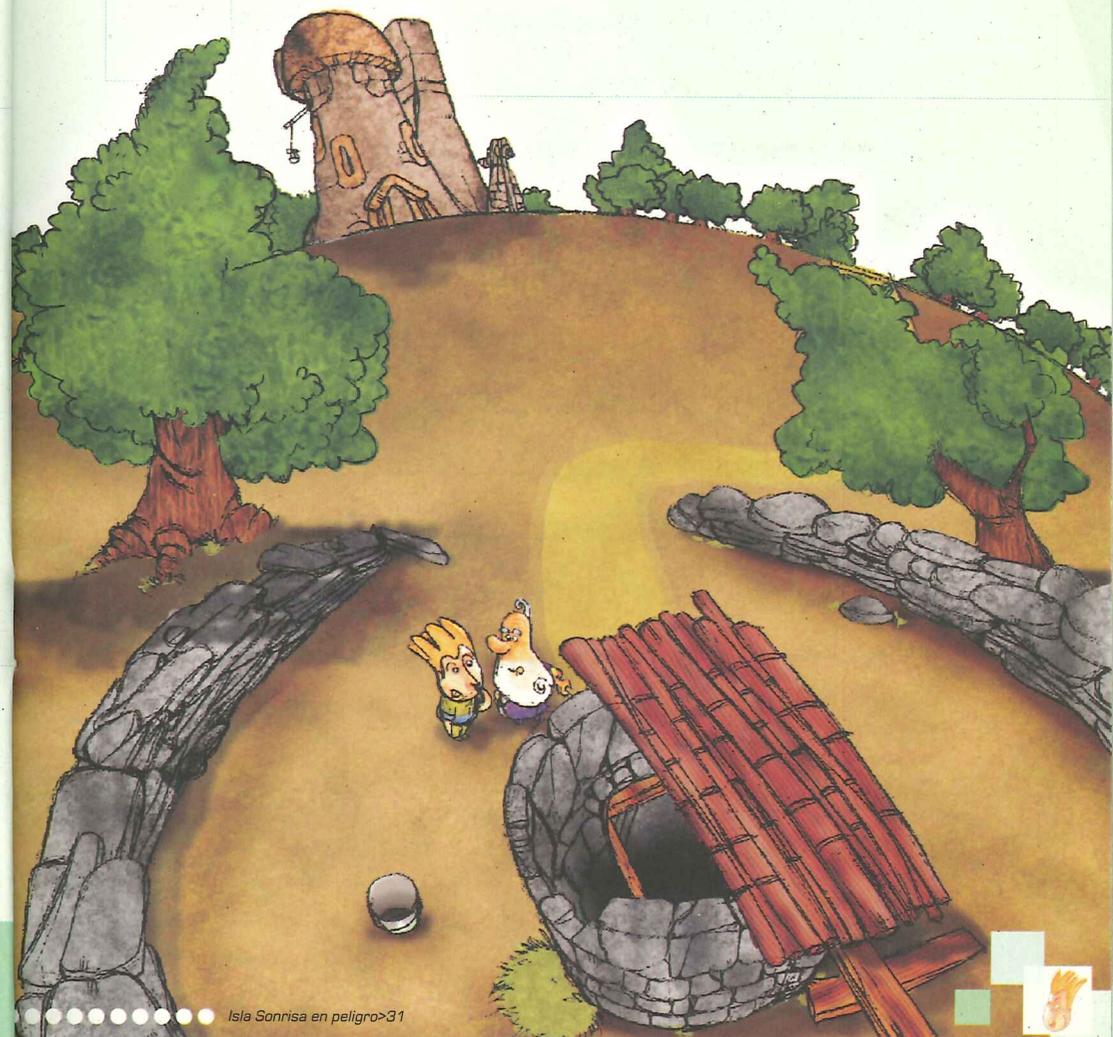
Horacio lo llevó a un habitáculo cerca de la casa, que estaba casi lleno del estiércol de los gansos.

Un vapor caliente y un olor rancio penetró por todos los poros de su cuerpo.

- Creo que esto servirá como un buen combustible. Lo mezclaremos con agua y polvos de roca volcánica y verás cómo funciona esa máquina.

La propuesta de Horacio no le convenció y muy discreto le respondió que

la meditaría. Decepcionado, se retiró a la habitación que había convertido en su cuarto de estudio.



Volvió a mirar sus dibujos con desdén y después se colocó con más incertidumbre delante del misterioso y fantástico libro.

"¿Y tú contienes la solución para salvar a Isla Sonrisa?", se dijo.

Pero casi sin darse cuenta, en el libro se estaba produciendo lentamente una modificación. Veía ahora unos elementos de los cuales no se había percatado antes. Separada por un bastidor, se movían dos planchas redondas empujadas por sendos brazos mecánicos; mientras una bajaba, la otra subía; una de ellas empujaba algo sólido y la otra algo incoloro. De un lado pendía una manivela que realizaba un movimiento circular. Entonces pensó: "Si Horacio, que es el hombre más sabio de

esta isla, dice que el estiércol de ganso sirve como combustible, y esta fantástica ilustración me indica que necesito diseñar un depósito con dos partes..., la máquina debe funcionar."

Esta conjetura se abrió camino con claridad en su mente, y se sintió muy optimista; entonces salió de la casa y llamó a Fabú.

- Quiero que me lleves al puerto -le dijo. Desde las alturas vió lo que necesitaba: un barco de pesca grande y viejo.

Mientras tanto, la gente, impaciente, había tomado la decisión de ir a la casa de Horacio, querían ver qué estaba haciendo el niño. Cuando regresaron Yirra y Fabú, todos estaban allí reunidos, circunstancia

que aprovechó Yirra para explicarles su plan.

- Necesitamos construir una máquina para combatir y acabar con esos monstruos grasientos y pestilentes.

- ¿Qué tipo de máquina? -interrumpió uno de los presentes.

- Una máquina como ésta -dijo enseñando los bocetos.

El murmullo fue general, y los comentarios se dispararon, tanto en el sentido de que ésa podía ser la solución como al contrario. Las opiniones estaban muy divididas, pero Horacio resolvió enseguida.

- ¡Bueno, manos a la obra! -gritó enérgico.

- ¡Sí, eso, manos a la obra! -apoyó Fabú.

- ¡Escuchad un momento! -dijo Yirra dirigiéndose a todos -. ¡Tenemos que desmontar el viejo barco que está en el puerto! ¡Necesitamos sus piezas!

- ¡Vamos! -mandó el más carismático representante del Consejo.

Todos, absolutamente todos, (siguiendo, claro está, las instrucciones que Yirra impartía) colaboraron en el desmontado del viejo barco y posterior montaje del artefacto de combate.

Para poder trabajar sin ser molestados por los " bichos ", decidieron deshacerse de casi todos los víveres y colocarlos en un lugar lejos del puerto, y así mientras se los comían y estaban entretenidos, trabajarían a toda marcha.

Después de un laborioso y sincronizado trabajo, la máquina (que parecía un animal fabuloso) apareció ante los ojos de sus creadores. La acción de llenar el depósito con la mezcla que iba a servir de combustible fue seguida por todos con gran tensión.



- Ahora la pondremos en marcha. Moved la manivela -dijo Yirra con autoridad a dos jóvenes forzudos mientras se introducía en la cabina del aparatoso artilugio.

Ya dentro, en medio de una gran expectación, una especie de motor se puso en funcionamiento. La emoción explotó entre la concurrencia. Primero Yirra accionó una palanca ; y los brazos articulados se extendieron de un lado para otro. Luego apretó un botón y un torrente enorme de aire entró por la boca de aspiración.

- ¡ Biieen! -gritaron todos.

El mecanismo parecía sencillo, y daba la impresión que iba a realizar su cometido de limpiar tan pernicioso y horrible invasión.

- Bueno... ¡A por ellos! -gritó Yirra con



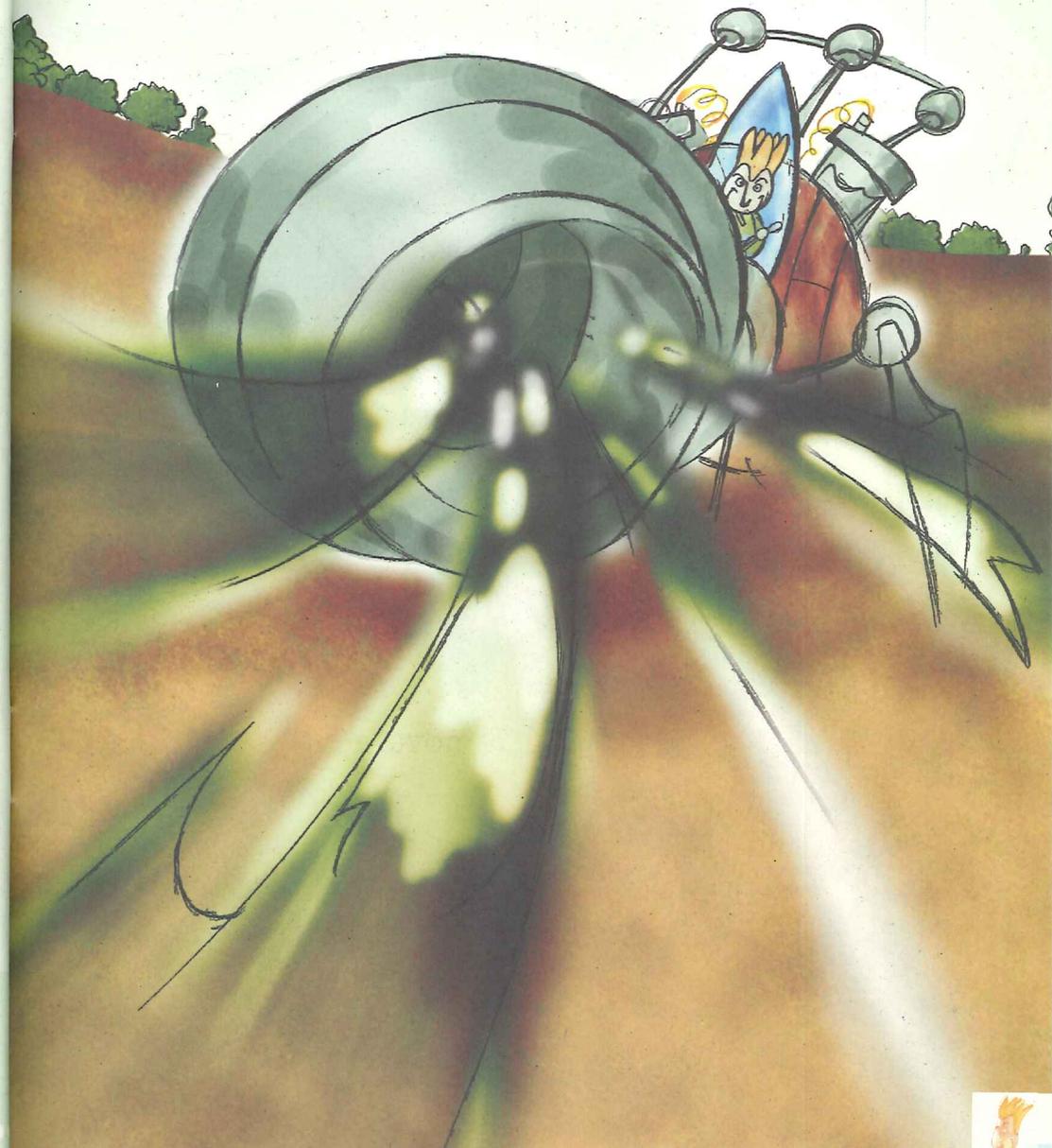
decisión. Y aquel monstruo mecánico se puso a caminar con aire robótico y parsimonioso en dirección a la ciudad. Los más valientes y audaces, resguardados detrás de él, siguieron sus pasos.

Poco a poco, como si de un dinosaurio se tratara, el artilugio exterminador conducido por Yirra entró por una de las calles dándose de frente con algunos de los monstruos grasientos. Éstos, sorprendidos al ver lo que se les venía encima, adoptaron una actitud más agresiva y desafiante y, levantando los brazos semejantes a tentáculos, hacían con lo que parecían sus bocas, unos chapoteos ruidosos y babeantes.

El asombro para ellos fue mayor cuando el gran "bicho mecánico" comenzó a

atraparlos con sus extraordinarios brazos articulados y a engullirlos con gran eficacia. El espectáculo que estaba sucediendo enardecía a la gente que acompañaba al destructor de los enérgumenos contaminantes. Al llegar a una plaza que se encontraba plagada de las deformes y nauseabundas criaturas, el artefacto no daba abasto para coger y tragarse todas las que se le arremolinaban encima, y se produjo un atasco en la gran ventosa que los tragaba ; los brazos articulados casi no podían moverse, e iba perdiendo poco a poco su capacidad de maniobra.

La situación se hacía por momentos extremadamente peligrosa, para la





integridad de Yirra : los babosos manchalotodo se agarraban con sus larvados tentáculos al artefacto que los combatía, e intentaban volcarlo. ¡El pánico se apoderó de nuestro personaje! ¡No sabía qué hacer!.

Yirra estaba realmente en apuros. Y la gente se dió cuenta de la situación. Había que hacer algo y pronto. Entonces se armaron de valor, un valor que desde que surgió el problema no habían tenido nunca.

Con unas varas largas de cerezo que llevaban, comenzaron a golpear a las inmundas criaturas que rodeaban el artilugio exterminador. En realidad estos golpes, no les hacían ningún daño, pero sí los fastidiaban, pues al sentir los varazos,

reaccionaron persiguiendo a la gente que huían rápidamente sin ser alcanzada ; lo que permitió que se despegaran del transformado barco que tan ingeniosamente Yirra había convertido en máquina de combate, y ésta pudiera maniobrar bien de nuevo. Después de una tremenda batalla, y con la estimable ayuda de la gente de la isla, Yirra acabó atrapando a todos los chapapotes invasores.

A continuación, se dirigió hacia la Gruta Eterna que Ruge. Al llegar aquí pulsó un botón, y la ventosa se transformó en un dispositivo que ahora realizaba la acción de expulsarlos al abismo de la gruta en medio del tumulto, provocado por lo

que parecía las quejas de los derrotados invasores. El golpe final nunca lo escucharon los que allí presenciaban la transcendental maniobra, que puso fin a la pesadilla contaminante.

Estaban agotados, pero felices por la hazaña que habían realizado.

Al día siguiente se organizó una fiesta en honor del nuevo superhéroe, que fue aclamado por todos.

Durante la fiesta, Yirra recordó a su familia. Pensó también que él vivía en un bonito lugar que, desde ahora, iba a cuidar con esmero. Se sintió un gran guerrero, dispuesto y preparado a combatir cualquier plaga que amenazara la naturaleza y la vida.



Le dijo a
Horacio
que
pidiera
silencio,

pues quería dirigirles

a todos unas palabras :

- ¡Amigos! ¡Mañana volveré a mi casa y con los míos! ¡Me siento muy orgulloso y feliz de haberos ayudado a salvar a Isla Sonrisa ! ¡Nunca dejéis que ésta desaparezca ! ¡Cuidadla!.

Muy de mañana emprendió con Fabú el viaje de regreso. Por el camino el pájaro le preguntó quiénes eran, o de dónde habían venido los invasores grasientos que habían arrasado casi toda la isla. Yirra le

respondió que no lo sabía a ciencia cierta, pero que en su civilización existían unos cacharros con ruedas que sirven para mover personas y cosas ; que funcionaban con un combustible que sacan de lo más profundo de la tierra, que tiene el mismo color y su naturaleza se parece a esas extrañas criaturas.

El fantástico pájaro le dijo que no comprendía muy bien la necesidad de sacar materias del interior de la tierra para moverse.

Yirra reflexionó ese argumento, y al instante le respondió :

- Bueno, es que tú eres un pájaro y sólo necesitas al viento para moverte. A Yirra le pareció que la respuesta hizo sonreír a Fabú.

Llegaron a su destino y parecía que el tiempo no había pasado. Niño y pájaro se despidieron cariñosamente, deseándose un nuevo encuentro. Una nueva aventura en otro lugar que los necesitara.

Yirra trepó por un árbol que se encontraba cerca de su habitación, y entró por la misma ventana por la que había salido. Cansado, se echó en la cama y se quedó dormido.

- ¡Vamos! ¡Levántate, que ya es hora! ¿Qué te pasa hoy? ¿Te encuentras mal? -escuchó que le decía su madre aporreando la puerta.



- No, nada... estoy bien mamá, enseguida salgo. Y mientras se vestía recordaba la gran aventura que había vivido... ¿O la había soñado?

Se acercó a la ventana y miró el horizonte de montes pardos que a él le parecía un conjunto de magdalenas. De repente, escuchó un gran murmullo. Miró a su derecha, y vio gran cantidad de pájaros de vivos colores acomodados en el pinsapo del bosquecillo junto a su casa. En un instante, todos se pusieron a volar al unísono haciendo varias pasadas de armoniosos vuelos y gran colorido, que Yirra observaba encantado.

"GRACIAS".

- ¡Gracias! ¡Han dibujado con sus vuelos la palabra gracias! -gritó entusiasmado.

Y una vez más, los pájaros realizaron una pasada llegando muy de cerca de la ventana donde se encontraba el niño. Éste los saludó con los brazos en alto ; después los pájaros desaparecieron en el horizonte. Feliz, salió de su habitación gritando :

- ¡Mamá, dame el desayuno, tengo hambre!

